

VIDA DE SAN FRANCISCO DE SALES.

LIBRO SEGUNDO.

Apenas habia abandonado la Religion católica la ciudad de Ginebra, y cambiado su forma de gobierno sublevándose contra su Obispo y contra el Duque de Saboya, que hacia largo tiempo que disputaban su soberania, cuando los suizos que habian contribuido á la ejecucion de estos dos proyectos, formaron el de despojar á los Duques de Saboya de las tierras que poseian en las cercanías de aquella pequeña república. Consistian estas en el pais de Vaud, en el Ducado de Chablais y en las Bailías de Gex, Terny y Gaillard.

La conquista del pais de Vaud era de tanta importancia para el canton de Berna, que era difícil que resistiese á la tentacion de apoderarse de él; y el Chablais y las Bailías cercaban de tal modo la ciudad de Ginebra, que era moralmente imposible que esta se mantuviese mucho tiempo en su pretendida independencia, sino se le hacia alejar al Duque de Saboya de su inmediacion, conquistando aquellos pequeños estados, que la tenian como sitiada. La guerra que se suscitó entre Francisco I y el Duque de Saboya, les dió ocasion para la ejecucion de su intento. El Chablais y las Bailías se conquistaron. La Religion católica fué desterrada y se cometieron todos los desórdenes que se han referido al principio de esta historia.

Ajustada la paz entre Henrique II hijo de Francisco

I, y Manuel Filiberto Duque de Saboya, se vieron obligados los suizos á volver al Duque el Chablais y las Bailías; pero se tuvo cuidado de incluir en el tratado la cláusula espresa, de que no podia volverse á restablecer la Religion católica. Las cosas permanecieron en este estado durante la vida de Manuel Filiberto; pero habiéndole sucedido su hijo Carlos Manuel, los ginebrinos que sufrían con la mayor impaciencia la vecindad de un Príncipe tan poderoso, indujeron á los suizos á quebrantar el tratado que habian hecho con su padre. Estos pusieron sobre las armas un ejército capaz de reconquistar el Chablais y las Bailías, y se apoderaron de ellas por segunda vez.

Aquella usurpacion no duró mas tiempo, que el que necesitó el Duque para formar un ejército. Los suizos y los ginebrinos demasiado débiles para resistirle, se vieron precisados á ceder. El Duque recobró lo que habia perdido, y puso guarniciones por todas partes que facilitasen en lo sucesivo el restablecimiento de la Religion católica. En efecto, el Duque no creyéndose ya obligado á la observancia de un tratado, que sus enemigos habian violado los primeros, y persuadido al mismo tiempo, de que mientras sus vasallos fuesen de una Religion distinta de la suya, no podria jamas estar seguro de su fidelidad, pensó seriamente en restablecer la Religion católica en el Chablais y en las tres Bailías.

Las victorias que habia conseguido sobre sus enemigos le ponian en estado de usar de la fuerza, asi como habian hecho ellos, para obligar á aquellos pueblos á abandonar la Religion de sus padres; pero prefirió el camino de la dulzura, ó mas bien creyó deber empezar por ella, reservándose el emplear medios mas fuertes, si aquella no era suficiente.

Bajo este concepto escribió al Obispo de Ginebra en 1594 que eligiese sugetos que fuesen buenos, sabios y de una conducta ejemplar, que tuviesen las cualidades

necesarias para trabajar con éxito en la conversion de los pueblos del Chablais y de la tres Bailías, les ofreció su proteccion; y que auxiliaria sus trabajos con todo cuanto dependiese de su autoridad. Les envió al mismo tiempo los competentes despachos, que pudiesen hacer fé, de que aquellos misioneros trabajaban de orden suya, y mandó á los gobernadores de las plazas que les sostuviesen con todo su poder en las funciones de su ministerio.

Habiendo recibido el Obispo de Ginebra aquellas cartas de su Soberano, dió gracias á Dios, que al fin le abria el camino para ir á buscar unas ovejas que aunque descarriadas, no dejaban por eso de pertenecer á su rebaño. Reunió inmediatamente el clero de la catedral, el de la ciudad y el de los pueblos; y habiéndoles leído las cartas del Príncipe, les dijo que el Chablais y las tres Bailías, que eran la parte mas hermosa de la Diócesis de Ginebra y la mas poblada, gemian hacia ya mas de sesenta años bajo el yugo de la heregia; que Dios despues de haber abandonado aquellos pueblos por tanto espacio de tiempo al espíritu del error y á los deseos de su corazon, los habia mirado por fin con los ojos de aquella misericordia, que los mas grandes crimenes no son capaces de cansar: que el Señor habia tocado el corazon del Príncipe: que este se servia de su voz para invitarles á la conquista de aquellos desolados paises; que sin hacerse reo de la mas vergonzosa prevaricacion no se podia rehusar el escucharle y obedecerle: que pedia obreros para reparar las ruinas del pueblo de Dios; que él estaba pronto á marchar á su frente, y no pretendia que su edad ni sus indisposiciones le dispensasen de esta obligacion: que los habia reunido para escoger los que debian acompañarle y trabajar bajo su direccion en esta santa empresa: que no ignoraba que en ella habria mucho que sufrir, pero que podia decir con San Pablo, que no le era tan cara su vida como su alma: que estaba

pronto á sacrificar aquella por cumplir con las obligaciones de su ministerio: que teniéndolos por asociados, creia que estarian poseidos de iguales sentimientos y disposiciones: que no se trataba de ir á descubrir tierras incógnitas, ni de predicar á pueblos cuya lengua y costumbres les fuesen desconocidas: que el asunto era trabajar en la conversion de unos compatriotas, vasallos de un mismo Príncipe, que vivian con poca diferencia bajo unas mismas leyes, y á los que el bautismo que habian recibido los llamaba naturalmente á volver al seno de la Iglesia, de que habian desertado: que no se debia mirar tanto al trabajo que se habia de tener, como á la recompensa que seguiria á sus fatigas; y que el mismo Dios que les llamaba al socorro de sus hermanos, les serviria de guia y seria su fuerza, su protector y su corona.

El discurso del Obispo bien lejos de infundir en los que le habian escuchado el mismo fuego de que estaba lleno, no hizo sino esparcir el terror en todos los corazones. Un triste silencio le sucedió: todos tenian los ojos bajos, y parecia que temian que al levantarlos se encontrasen con los de su generoso Prelado: la vista de las fatigas y de los peligros á que preveian que iban á esponerse los que fuesen elegidos para la mision del Chablais, impedía que hubiese quien se ofreciera á ir á ella, y bien lejos de seguir y apoyar el celo del santo Obispo, parecian todos prontos á abandonarle.

Solo Francisco de Sales se sintió conmovido de su discurso. En lugar de la sorpresa que se veia retratada en todos los semblantes, no se veia en sus ojos y en todo su aire mas que una santa emocion, y una celosa impaciencia de cooperar á las piadosas intenciones de su Príncipe y de su Prelado. Asi es que apenas el Obispo se volvió hácia él para preguntarle su parecer, cuando respondió, que no tan solo estaba pronto á seguirle, sino que se ofrecia si se le conceptuaba capaz de ello, á ser

él mismo el gefe de la mision: que se creia obligado á hacerle presente que su edad y sus achaques no le permitian esponerse á las penas y fatigas que acompañarian infaliblemente la empresa que se proponia: que si era Obispo tambien era hombre, y que debia considerar que no podia emprender sino lo que permitiesen sus fuerzas: que Dios no exigia otra cosa: que es verdad que recomienda la caridad en general, y á los Prelados con mas particularidad que á otro alguno; pero que recomienda tambien la discrecion, y quiere que el celo se deje conducir por la prudencia: que si se creia obligado á dar su vida por una porcion rebelde de su rebaño, no tenia menor obligacion con respecto á aquella que siempre habia conservado su fidelidad: que bastaba en esta ocasion que se trabajase bajo sus órdenes, y que imitase á Moises, que oraba en el monte mientras que Josue batallaba en la llanura.

Añadió, que no creia que fuese necesario enviar desde luego muchos misioneros dentro del Chablais: que un pequeño número bastaria para hacer la descubierta del país, y sondear las disposiciones en que podrian hallarse los pueblos para volver al seno de la Iglesia católica: que segun el fruto que se hiciese podria enviar en lo sucesivo mayor número de ellos, y que el mismo Obispo podria ir á dar la última mano á aquella santa empresa: que él se ofrecia entretanto á ser el primero que entrase en las provincias sublevadas contra la Iglesia, y que no pedia sino un pequeño número de sujetos que fuesen buenos, que tuviesen firmeza y paciencia, y que no se apurasen con las primeras dificultades.

Habiendo convenido todos con el parecer de Francisco, y habiendo cedido el mismo santo Prelado á las representaciones que le hizo toda la asamblea sobre su edad y sus enfermedades, fué elegido Francisco para abrir la mision y para ser gefe de ella. Pero cuando se trató de darle compañeros no hubo otro que se ofreciese

á serlo, sino solamente Luis de Sales, de quien ya se ha hablado en el primer libro de esta historia. El Obispo de Ginebra no podia resolverse á dejar entrar á Francisco en el Chablais con tan poca compañía; pero habiéndole manifestado aquel santo misionero, que no necesitaba de mas para empezar aquella importante mision, cedió á sus razones, y la reunion se terminó con fervorosas oraciones por el feliz éxito de aquella santa empresa.

Se vió en esta ocasion alguna cosa parecida á lo que pasó en otro tiempo en Mileto con respecto á San Pablo. Conmovidos los fieles á vista de los peligros y aun de la muerte misma que amenazaba al Apostol si iba á Jerusalem, y de que le habia anunciado el Espíritu Santo que allí seria atado y cargado de cadenas, y que sufriría grandes trabajos, nada omitieron para disuadirle de un viaje que probablemente debia arrebatarse á la Iglesia; pero como vieron que permanecia inflexible en la resolucion que habia formado de ir, y que su celo le haria sobreponerse al miedo de los mayores trabajos, se sometieron al fin á las órdenes del cielo, y se despidieron de él con las lágrimas en los ojos, diciendo: *cumplase la voluntad del Señor.*

Habiéndose estendido por Annecy la noticia de que Francisco de Sales habia sido elegido para la mision del Chablais, y que él estaba resuelto á partir á la primera proporcion que se le ofreciese, sus amigos que juzgaban de lo que los hereges eran capaces de hacer para conservar su Religion por lo que habian hecho para establecerla, y que no dudaban que era esponerse á una muerte cierta el emprender casi solo y sin armas lo que el Duque de Saboya no habia podido lograr á la cabeza de un ejército, tocaron alarma. No hubo uno que no hiciese los mayores esfuerzos para retraerle de la resolucion que habia tomado. Le hicieron presente con la mayor viveza, (pero en vano) las fatigas y los peligros á que

se iba á esponer, y la poca probabilidad que habia de que saliese airoso en su empresa. Escribieron tambien al Conde y á la Condesa de Sales, de quienes debia ir precisamente á despedirse. Bien hubiera deseado hacerlo por cartas para evitar los ataques, que preveia tendria que sostener contra las dos personas, á quienes mas queria en el mundo; pero estando en el camino por donde habia de pasar el castillo de Sales, en donde sus padres habian fijado su residencia, no pudo evitar el ir en persona á cumplir con esta obligacion.

En aquella ocasion fué cuando tuvo que resistir á lo que hay mas tierno en los efectos de la naturaleza para conmover un corazon. El Conde de Sales, que no aprobaba en general la mision destinada al Chablais, y que desaprobaba aun mas particularmente que se hubiese elegido á su hijo y á su sobrino para una empresa de que no esperaba un buen resultado, hizo cuanto pudo para apartarles de su resolucion. Su edad, su esperiencia y los grandes negocios que con mucha prudencia habia manejado, le habian adquirido un aprecio y una autoridad que daba aun mas peso á sus razones. No anduvo en contemplaciones: trató la mision del Chablais de un designio mal concebido y peor ejecutado, en el que entraba mas celo que prudencia, que podia tener fatales consecuencias, y del que racionalmente no podia esperarse fruto alguno: les representó vivamente los obstáculos que encontrarían, los peligros á que tendrían que esponerse, y la vergüenza que experimentarían de haberse comprometido á una empresa, en que habia tan poca apariencia de obtener un buen resultado. Añadió, que sino veia en sus propias manos las órdenes del Duque y del Obispo, no creia que dos sugetos tan prudentes hubiesen aprobado semejante designio: que él escribiria al uno y al otro, para hacerles presente los inconvenientes de la empresa, y para hacerles que tomasen medidas que fuesen mas justas para llevarla á cabo. Y que entretanto

les prohibia en uso de la autoridad que Dios le habia dado sobre los dos, el que pasasen adelante, y se obstinasen en continuar una empresa que era tan superior á sus fuézas.

Mientras que el Conde hablaba de esta manera, la Condesa vertia unas lágrimas capaces de conmover un corazon menos sensible que el de su hijo. Pero la fé, que hace vivir al justo, aquella confianza en Dios, que forma sus sentimientos y que arregla todas sus acciones, fué causa de que Francisco haciéndose superior á todos los sentimientos de la naturaleza, les representase con su ordinaria dulzura, que á tomar las cosas del modo que ellos las tomaban, era preciso confesar que habia algo de extravagante en el designio que habian concebido los Apóstoles, y que habian puesto inmediatamente en ejecucion tan felizmente de predicar el Evangelio á todas las naciones de la tierra, y de emprender la conversion del mundo entero: que habia mucha menos probabilidad de que doce pobres pescadores sin saber, sin elocuencia, sin bienes y sin apoyo, teniendo por enemigos á todas las potencias del mundo, saliesen ventajosamente con una empresa semejante, que de que no se pudiese esperar un buen éxito de la mision del Chablais: que si los Apóstoles hubiesen escuchado todo lo que la razon humana podia oponer á un proyecto tan vasto, aun estaríamos sepultados en las tinieblas del paganismo: que convenia en que habia mucha diferencia entre Luis de Sales y él, y aquellos grandes hombres que estaban llenos del Espíritu Santo, confirmados en gracia y con la facultad de obrar milagros; pero que tampoco habia comparacion entre lo que ellos emprendieron y la mision en cuestion: que no se trataba sino de hablar de parte de Dios á unos pueblos que le adoraban, y de la del Príncipe cuya autoridad respetaban, á cristianos salidos de la misma Iglesia en que se les convidaba á entrar de nuevo; á cristianos que ha-

bían recibido el mismo bautismo, que admitían las mismas sagradas Escrituras, que profesaban los antiguos símbolos y que tenían tantas cosas comunes con nosotros, que no era de temer que les mirasen como extranjeros que venían á anunciarles divinidades desconocidas, y á quitarles la mayor de las esperanzas: que bien lejos de ser contrariados en su intento por las potestades de la tierra, las tenían en su favor: que la misma casa á que pertenecían, gozaba de mucha consideración en el país: que encontrarían en el Chablais deudos, parientes y amigos, que no permitirían que se usase de violencia con dos personas inermes, que no trataban sino de su salvación, y que estaban revestidos de la autoridad del Soberano para procurarla: que convenía sin embargo en que no dejaban de ofrecerse dificultades en su empresa: que se les presentarían riesgos que correr, y fatigas que soportar: que también podría suceder que la muerte fuese la recompensa de sus trabajos, así como había sido la de los Apóstoles de quienes trataban de ser imitadores; pero que no se esponían á menores peligros en la guerra, y por un fin de mucha menos importancia; y que no debía estrañarse que ellos hiciesen para adquirir una corona inmortal lo que hacían todos los días tantas gentes por una gloria perecedera que moría con ellos, y que muchas veces aun no se estaba cierto de poderla alcanzar. Aunque el Conde quedase convencido de las razones de su hijo, no por eso dejó de repetirle que si se creía llamado á la misión del Chablais, no trataba de oponerse á ello; pero que permitiese á lo menos que se tomasen medidas para su seguridad, y las precauciones necesarias para hacer valer la autoridad de la Iglesia y del Príncipe, que estaban espuestas á ser despreciadas de unos pueblos que tenían ya demasiada inclinación á resistirse á ellas.

Pero Francisco, que no podía sufrir que se contase mucho con la prudencia humana, cuando se trataba de

los asuntos de Dios, respondió agitado, que era cosa bien particular que no estuviese bien visto el ser cobarde, sino cuando se trataba de la causa de Dios: que si él hubiese seguido la carrera de las armas, á la que parecía llamarle su nacimiento y su cualidad de primogénito, se le hubiera vituperado, si la vista del peligro le hubiera apartado de cumplir con su deber: que por el contrario habiendo abrazado el estado eclesiástico y habiéndose alistado en esta santa milicia en que hay obligación de pelear, aunque con distintas armas, contra los enemigos de Dios y de la Iglesia, no se le hablaba sino de evitar el combate, de medidas y de precauciones, como si fuese menos vergonzoso el huir en esta suerte de choques, que cuando se trata del servicio de un Príncipe: que el brazo de Dios no estaba acortado ni disminuida su potencia: que no tenía necesidad del socorro de los hombres: que los mas débiles instrumentos le bastaban para conseguir las empresas mas grandes; y que dimanando igualmente de Dios la autoridad de la Iglesia y la del Príncipe, sabía muy bien donde prevenir, y donde evitar los tiros que tratasen de hacerles.

Habiendo dicho estas palabras se puso en disposición de partir, y cogiendo por la mano á Luis de Sales, vamos, le dijo, *á donde Dios nos llama Hay mas de una batalla en que solo se consigue la victoria con la fuga. Una detención mas larga no serviría sino de debilitar nuestra constancia, y otros mas intrepidos que nosotros podrían muy bien ganar la corona que nos estaba preparada.*

Aturdido el Conde de la firmeza de su hijo, no tuvo valor para detenerle: contentóse con seguirle de lejos, y habiéndole perdido de vista, se volvió á consolar á la Condesa que estaba traspasada del mas vivo dolor, á vista de los peligros á que consideraba que iba á esponerse aquel hijo que la era tan querido.

Entretanto habiendo llegado Francisco á la frontera del Chablais, se sintió lleno de un nuevo celo, y poniéndose de rodillas, y derritiéndose en lágrimas rogó á Dios que bendijese su entrada y su permanencia en aquella provincia: que fuese él mismo su guía y su fuerza: que pusiese en su boca palabras de vida, y una caridad tan ardiente en su corazón, que pudiese resistir á las pruebas de las contradicciones de los hombres, y también á los obstáculos que los demonios serian capaces de oponer á la reunion de aquellos pueblos á la Iglesia católica, con que ellos venian á convidarles. Acabada esta oracion se volvió á Luis de Sales y abrazándole afectuosamente, le dijo: me ocurre un pensamiento: nosotros entramos en esta provincia á desempeñar las funciones de los Apóstoles; si queremos lograr fruto, nada estará demas de cuanto hagamos por imitarles. Despachemos pues nuestros caballos, andemos á pie y contentémonos como ellos con lo puramente preciso. Habiendo consentido Luis de Sales llegaron á pie á los Allinges: esta es una plaza fuerte y bien pertrechada situada en lo alto de una pequeña montaña separada de todas las demas. Allí residia el Baron de Hermance, gobernador de la provincia por el Duque de Saboya, y tenia sujeto todo el pais por medio de una fuerte guarnicion que allí mantenía el Duque. Como era íntimo amigo de la casa de Sales en general, y de Francisco en particular, recibió á sus dos huéspedes con una alegría extraordinaria, y les hizo una acogida correspondiente al aprecio que les profesaba. Despues de los primeros cumplidos le entregó Francisco tres cartas; una del Duque de Saboya, otra del Obispo de Ginebra y la tercera del Conde de Sales.

Le mandaba el Duque de Saboya, que recibiese y apoyase con toda la autoridad que tenia en la provincia, á los misioneros que le enviaria el Obispo de Ginebra para trabajar en la conversion de los pueblos del Chablais. El

Obispo le decia los nombres de los que habia elegido para aquel destino y le rogaba que los tomase bajo su proteccion, y el Conde de Sales le exhortaba en nombre de la antigua é íntima amistad que mediaba entre los dos á que cuidase de su hijo y de su sobrino, y les ayudase con sus consejos y autoridad.

Habiendo leído aquellas cartas el Baron de Hermance, respondió, que ejecutaria puntualmente y con la mayor satisfaccion lo que le mandaba su Soberano y le encargaban sus mas caros amigos. En seguida los condujo á una azotea que estaba en lo alto del castillo desde donde se descubria toda la campiña; y haciéndoles ver los cañones en batería, y la guarnicion sobre las armas: *yo espero*, les dijo, *que no tendremos necesidad de todo esto, si los calvinistas pueden resolverse á escucharos.* Pero Francisco estaba ocupado de un espectáculo que le heria mas vivamente: reparaba por todos lados Iglesias derribadas, conventos arruinados, cruces echadas por el suelo, ciudades, aldeas y palacios destruidos, consecuencias funestas de la heregía y de la guerra que habia ocasionado esta á aquella hermosa provincia. A la vista de aquellos tristes restos de la Religion católica que tanto habia brillado en otro tiempo en el Chablais, no pudo detener las lágrimas, y ocupado únicamente de su dolor: *Señor*, exclamó, *los pueblos se han sublevado contra vos y contra vuestro Cristo, han entrado en vuestra heredad, han profanado vuestros templos, abolido vuestro culto, y arruinado vuestro Santuario. Levantaos, Señor, juzgad vos mismo vuestra causa; pero sea en el tribunal de vuestra misericordia.* Quedó en seguida un rato sin hablar, y vertiendo lágrimas en abundancia. Despues volviéndose al Baron de Hermance: *hé aqui*, le dijo, *unos grandes males, es necesario un buen médico para curarlos.*

Despues de esto se pusieron á tratar de lo que convendria hacer para salir felizmente de la mision que iban

á emprender. El Baron de Hermance les dió éscelentes consejos sobre el particular. Este no tan solo era un hombre de mucho valor, á quien sus cualidades militares y los servicios hechos al estado habian grangeado el aprecio y afecto de su Príncipe, sino que tenia una esperiencia consumada, y conocia mejor que otro alguno el genio de los pueblos que estaban á su cargo. Era además muy celoso por la Religión católica, y las pruebas que de ello habia dado, obligaron al Duque de Saboya á conferirle el gobierno del Chablais.

Les representó con mucha prudencia las dificultades de la empresa que iban á acometer, y lo que él creia que era preciso hacer para superarlas. Les dijo que tendrian que tratar con unos pueblos que eran buenos en el fondo, aunque sencillos y rudos, pero de una obstinacion invencible cuando llegaban á encapricharse en una cosa: que estaban persuadidos que la conservacion de su libertad y de sus privilegios dependia de la de su Religión: que esto solo era capaz para obligarles á emprender cualquiera cosa para sostenerla: que la vecindad de Ginebra y de los suizos, siempre dispuestos á favorecer su revolucion, les hacia atrevidos y emprendedores: que el continuo comercio que tenian con ellos, y la forma de gobierno eclesiástico que Calvino y sus discípulos habian introducido, les hacia ser enemigos del estado monárquico: que no obedecian sino á la fuerza al Duque de Saboya: que habian sacudido el yugo quantas veces habian podido, y que lo harian todavía quando creyesen que podian hacerlo con fruto: que el restablecimiento de la Religión católica disiparia con el tiempo las semillas de rebelion, y les haria que se aficionasen al fin á su legítimo Príncipe; pero que era necesario portarse con tanta mas precaucion, quanto que se habia hecho á aquellos pueblos una descripcion horrosa del catolicismo: que el Papa pasaba constantemente entre ellos por el Antecristo, los Obispos y los sacerdo-

tes por sus secuaces, la misa por una pública profesion de idolatria, los católicos por idólatras, y las leyes de la Iglesia por una tiranía insoportable: que á mas tendrian mucho que sufrir con los ministros, gente por la mayor parte orgullosa, y que miraban á aquellos pueblos como su conquista, y que pondrian en práctica todo quanto estuviese á su alcance para impedir que se les despojase de ellos.

El Baron de Hermance sacó en conclusion de todo lo que acababa de decir, que era necesario usar de mucho miramiento, dulzura y condescendencia, dedicarse á lo esencial, evitar toda singularidad, y tambien todo aquello que es capaz de inspirar un celo que no se deje gobernar por la prudencia: que necesitaban de mucha paciencia: que la menor precipitacion era suficiente para echarlo todo á perder, y que el tiempo y la bendicion que daria Dios á sus trabajos conducirian al fin todas las cosas al punto que podian desear.

Añadió, que era necesario empezar por Tonon, capital de la provincia, que no estaba tan distante de los Allinges que no pudiesen retirarse allí todas las noches: que á mas de que no podrian quedarse con seguridad en Tonon, no hallarian al principio quien se atreviese á hospedarles: que aun seria mas peligroso el tratar desde luego de decir misa: que él les ofrecia la capilla del castillo para que satisfaciesen su devocion, y que allí se haria todo con mayor seguridad y decencia.

Francisco, que tenia el espíritu mas moderado y mas dulce del mundo, aprobó quanto el Baron de Hermance acababa de hacerle presente, se tomó apuntaciones de todo, que siguió despues con mucha exactitud, y partió para Tonon acompañado de Luis de Sales y un solo criado, cuyo celo y fidelidad tenia bien conocido. Su equipaje consistia en una maleta en la que no habia mas que una Biblia y un Breviario, la que muy á menudo llevaba él mismo: caminaba á pie con un baston en la

mano, y andaba todos los días dos leguas largas por un país muy áspero para volver á dormir á los Allinges: no salía de allí sin haber celebrado la santa misa, y haberse alimentado con el pan de los fuertes. Como era de un temperamento robusto, y desde joven se había acostumbrado á ayunar, se hizo en poco tiempo á sufrir el hambre, la sed y todas las fatigas que eran inseparables de un ministerio tan penoso como el que había tomado á su cargo. Su vestido era sencillo, pero nada tenía de afectado en su sencillez; y como era la costumbre de aquel tiempo el llevar botines, usaba de ellos ordinariamente; de suerte que siendo moda por entonces el llevar el pelo corto, y tener la barba cerrada se diferenciaba poco de los mismos seglares, que se preciaban de presentarse con decencia: esto le servía para tener entrada en casa de algunos calvinistas que conquistó despues para la Iglesia. Otros misioneros que le enviaron en lo sucesivo por coadjutores suyos, habiéndose descuidado en tomar aquella precaucion, y habiéndose vanagloriado en no tener la menor condescendencia con aquellos pueblos, ni aun en las cosas mas indiferentes, hallaron mil obstáculos que tuvieron mucho trabajo en poderlos superar: tan cierto es que las cosas mas pequeñas con las personas que tienen prevencion contra otras, son capaces muchas veces de echar por tierra los mas grandes proyectos. Francisco de Sales acostumbraba decir por esta causa, *que no debía ser indiferente el unirse con teson á la práctica de las cosas indiferentes, cuando el prógimo no las miraba con ojos indiferentes.*

Por la misma razon de una caritativa condescendencia resolvió no usar jamas de términos injuriosos, hablando de los hereges y de su doctrina; y no oponer á sus ultrages y malos tratamientos sino una dulzura y una paciencia invencibles. Sus asociados en la mision del Chablais le vituperaron despues, y aun le acusaron

de demasiada condescendencia con los hereges, y de no haber sabido hacer valer suficientemente la autoridad del Príncipe, por quien todo el mundo sabía que estaba apoyado; pero estuvieron á pique ellos mismos separándose de su método, de arruinar el gran designio que se tenía de reunir aquellos pueblos á la Iglesia, el cual si salió bien en efecto, fué por la prudente conducta de Francisco, á quien se atribuyó despues toda la gloria.

La primera diligencia que hizo en cuanto llegó á Tonon, fué ir á visitar á los magistrados y entregarles las cartas que les escribía el Baron de Hermance. Su contenido era un extracto de las que le había escrito el Duque de Saboya con respecto á la mision del Chablais y de las Bailias; añadiendo por su parte que ponía á Francisco y Luis de Sales, á sus criados y todos los que pudiesen acompañarles en lo sucesivo, bajo su proteccion: que les encargaba que cuidasen de sus personas y les hacía responsables de todo cuanto pudiese atentarse contra ellos.

Los magistrados de Tonon recibieron aquellas cartas con mucho respeto en la apariencia, y prometieron obedecer lo que en ellas se les mandaba; pero habiéndose estendido esta noticia por la ciudad y sus cercanías, estuvo el pueblo á punto de sublevarse. Se decía públicamente que era necesario echar fuera aquellos enviados del Papa que venian á turbarlos en la pacífica posesion en que estaban de su Religion: que era preciso tratarlos de suerte que se les quitase la gana de volver otra vez: que la moderacion era peligrosa en una ocasion en que se trataba de perder la libertad de conciencia que tanto les había costado de adquirir: que el mismo Duque se vería obligado á disimular, y que el gran número de culpados impediría el hacer indagaciones, y el que se atreviese á tratar del castigo.

Mientras que pasaban estas cosas en Tonon, en Ginebra que no dista de allí sino cuatro ó cinco leguas, se

opinaba con mucha mas dureza contra los dos misioneros: se pretendia que habiendo violado el Duque de Saboya los últimos tratados de paz, enviándolos, no se estaba ya en la obligacion de cumplirlos: que era necesario implorar el auxilio de los suizos, que eran los que habian salido garantes de su cumplimiento: que se tenia derecho para volver á tomar las armas; y que entretanto era preciso deshacerse de los dos misioneros de cualquier modo que fuese, y que aun estaba permitido el matarlos, sino se les podia obligar de otro modo á que se retirasen.

Habiendo llegado aquellas noticias á Tonon aumentaron el furor del pueblo contra los dos misioneros, y llegaron las cosas á tal extremo, que alteraron la constancia de Luis de Sales. Este preguntó á Francisco, que, que trataba que hiciesen en medio de aquel pueblo amotinado, y qué apariencia habia de que fuesen escuchados: que si habia peligro en comparecer en público, era temeridad el determinarse á emprender ninguna otra cosa: añadió que no trataba de que se abandonase enteramente una empresa tan santa; pero que creia que era menester dejarla por entonces, hasta que se hubiesen tomado mejor las medidas, y que si sucedia que se violasen sus personas, la magestad del Príncipe y los derechos de la hospitalidad, se les acusaria de haber atraido la guerra á su patria por su indiscrecion, y que en cierto modo serian responsables de los daños que son sus regulares consecuencias.

Pero Francisco, abrazándole con ternura, le dijo, que nada les habia sucedido que no debiesen esperar, que no pensase que él habia creido que aquellos pueblos vendrian á presentarse delante de ellos, y que renunciando de repente sus errores correrian en tropel para escucharles; y que todavia estaban tan sanos como cuando salieron de sus casas, y que antes de poner las manos en sus personas ya lo mirarian con detencion: que el pue-

blo tenia por costumbre meter mucho ruido, pero que cuando se tenia bastante serenidad para no asustarse, se acostumbraba por sí mismo á las cosas que le habian parecido mas estrañas al principio: que sobre todo Dios habia sacado á sus siervos de peligros mucho mas grandes, y mientras que este Señor fuese su protector no debian temer cosa alguna del furor de los hombres, siempre impotente cuando trata de oponerle resistencia.

Añadió, que sin embargo creia que habian hecho suficiente por aquel dia, y que era conveniente volver á los Allinges á dar cuenta al Baron de Hermance de lo que habia pasado en Tonon. *Pero me dejareis* (añadió con mucho agrado) *que yo le haga relacion; porque como el miedo hace ver los objetos mayores de lo que son en sí, temeria si vos la haciais, que el mal no pareciese mucho mas grande de lo que ha sido en efecto.*

Habiendo sabido el Baron de Hermance por ellos mismos el modo con que los habian recibido en Tonon, no fué de parecer ni de que se abandonase la mision, ni de que se dejase para otro tiempo; creyó al contrario que interesaba al honor del Duque de Saboya que no se interrumpiese; pero creyó tambien que era necesario proveer á su seguridad, y que no debia esponerlos á los insultos de un populacho ciego, obstinado en sus errores, y movido por los emisarios de Ginebra: para esto les ofreció una buena escolta de su guarnicion. Francisco la rehusó absolutamente, y protestó al Baron de Hermance que si se obstinaba en darsela, primero abandonaria la mision que sufrir que se hiciese la menor violencia á los de Tonon, ó que se les diese motivo para publicar que se habia querido usar con ellos de la fuerza. Añadió á esto, que ellos habian entrado de Apóstoles en el Chablais: que trataban de continuar del mismo modo que habian empezado, y que no emplearian jamas otras armas contra los hereges que las de la palabra de Dios.

que convenia en que los Principes temporales se habian visto precisados muchas veces á echar mano de las otras, y que habian obtenido un buen resultado; pero que no era lo mismo con las personas de su caracter, que hacian funcion de Apóstoles, y que debian por consiguiente imitar su conducta.

El Baron de Hermance respondió que él daría á entender á la ciudad de Tonon que la escolta que trataba de darles no estaba destinada para sujetarla, sino solamente para contener al pueblo en los límites del respeto, é impedirle que se llevase á un extremo que podría tal vez acarrear su ruina. Pero Francisco permaneció firme en su negativa; y todo lo que pudo lograr el Barón de él, fué que antes de que volviese á Tonon, le permitiría escribir una carta al Ayuntamiento para hacerle conocer sus verdaderos intereses; y haciéndole responsable nuevamente de todo lo que ocurriese contra sus intenciones y las de su Soberano, y que no volvería á marchar sin que hubiese recibido la respuesta de aquella carta.

En consecuencia de esta resolución el Baron de Hermance escribió al Ayuntamiento de Tonon, que el Duque de Saboya al enviar á Francisco de Sales á su provincia no habia tenido la intencion de dar un golpe á la libertad de conciencia, ni á ningun otro de sus privilegios: que la prueba de que no pensaba en violentarlos era que no habia enviado sino dos simples sacerdotes, sin comitiva, sin tren y sin otras armas que las de la palabra de Dios: que habiendo sido ellos y sus aliados los primeros en violar el tratado que espresaba que no se innovaria cosa alguna en la Religion, el Duque de Saboya no estaba ya obligado á observarlo: que sin embargo tenia á bien no usar de violencia con respecto á ellos y dejarlos en una entera libertad sobre un punto tan importante; pero que habia muchas personas dentro del Chablais, que deseaban ser instruidas en la Religion cató-

lica, que no habian abandonado sino por la violencia, que con ellas se habia usado para conseguirlo: que el Duque trataba de que estas pudiesen estar en entera libertad, y que para esto era necesario que hubiese en el pais sugetos capaces de instruirlos: que ellos no hablaban mas que de libertad de conciencia, pero que en la realidad no la querian, puesto que no podian sufrir que aquellos que se sintiesen inclinados á abrazar la Religion pudiesen hacerlo con toda seguridad: que él les declaraba entretanto que el Duque tomaba aquellas personas bajo su proteccion: que consentia en que Francisco de Sales pudiese predicar sin embarazo alguno la doctrina católica: que no se obligaria á persona alguna á que fuese á oírle, pero que tampoco era justo que se les impidiese hacerlo á aquellos que quisiesen ir; les decia en fin que les hacia responsables desde entonces de todo el daño que pudiese sucederle á Francisco de Sales, y á todos aquellos que en lo sucesivo pudiesen ser asociados suyos.

El Ayuntamiento respondió á aquellas cartas, echando toda la culpa de lo que habia pasado al populacho, de quien no siempre se es dueño en las ocasiones imprevistas como era aquella de que se trataba, y prometiendo emplear su autoridad para que se llevasen á ejecución las intenciones del Principe con todo el respeto que le era debido.

En efecto, habiendo vuelto Francisco á Tonon fué recibido con mucha mas atencion que la vez pasada; pero no tardó mucho tiempo en conocer que se habia prohibido secreta y muy rigurosamente el irle á escuchar, y el tener trato alguno con él. Ejecutóse esto tan puntualmente, que se encontró tan desamparado y solitario en medio de Tonon, como si hubiese estado en medio de un desierto: no dejó por eso de ir todos los dias desde los Allinges con tanta puntualidad como si hubiese tenido que desocupar allí negocios de la mayor

importancia, sucediéndole muy á menudo el salir con un tiempo tan malo y pesado, que los paisanos mas robustos no se hubieran atrevido á ponerse en camino. La lluvia, la nieve, los hielos mas terribles, y aun la misma noche no le impedían el marchar. El frio se apoderaba de él algunas veces hasta dejarle casi sin movimiento y ponerle próximo á morir; pero nada era capaz de detenerle, y menos de mitigar su celo. Se tenia por conveniente algunas veces el hacerle presente los riesgos inminentes y demasiado inútiles á que se esponia; pero él respondia siempre con aquellas palabras del Salvador: *¿no sabeis vosotros que yo no estoy aqui sino para cumplir los encargos de mi Padre que está en el cielo?* Añadia despues, que solo Dios sabia el tiempo y el momento que habia señalado para la conversion de aquel pobre pueblo: que llegaria cuando menos se pensase; y que asi él debia estar siempre dispuesto para aprovecharle.

El invierno de aquel año fué tan riguroso y tan escesivo el frio, que los pies y piernas se le llenaron de grietas: le sucedió en este mismo tiempo una cosa aun mas extraordinaria, y que hubiera resfriado un celo que hubiese sido menos ardiente que el suyo. Un dia que habia salido de Tonon mas tarde de lo que tenia de costumbre para volverse á los Allinges, le sorprendió la noche y perdió el camino, y despues de haber andado inútilmente un largo trecho, llegó muy tarde á un pueblo en que todas las casas estaban cerradas. La tierra estaba cubierta de nieve, y el frio era tan grande que aun durante el dia se habian visto obligados los paisanos á permanecer encerrados en las casas con sus ganados: llamó á todas las puertas, rogando á los que estaban dentro por todo aquello que era mas capaz de moverlos á compasion, que no le dejasen perecer de frio; pero ellos no quisieron abrirle porque todos eran calvinistas: y para colmo de su desdicha su criado le habia llamado por su nombre, creyendo que al oírle aquellas gentes

le tendrían alguna consideracion; pero Dios que no abandona jamas á los suyos, hizo que diesen en este conflicto con el horno del lugar que aun estaba caliente: se acomodaron en él como pudieron y esto les libró de perder la vida como infaliblemente hubiera sucedido á no haberle encontrado.

Otra vez estuvo á pique de perecer por la dureza de los habitantes de otro pueblo: llegó á él de noche en medio de una copiosa lluvia; pero no pudo lograr por mas súplicas que hizo, que se le diese cubierto en donde refugiarse, y se vió precisado á pasar la noche sufriendo la lluvia, alabando á Dios como los Apóstoles porque le habia juzgado digno de padecer algo por la gloria de su nombre.

Tan enfadosos contratiempos hubieran obligado á otro menos sumiso á las órdenes de Dios, y menos celoso de su gloria, á tomar precauciones para evitar semejantes incomodidades. Pero Francisco incapaz de contemplar su vida cuando se trataba de la salvacion de las almas, se vió aun en algun tiempo despues en un peligro que no fué mucho menor que los dos que acaban de contarse. Como se retirase á los Allinges, encontró á la salida de Tonon un calvinista que le esperaba, el cual le dijo que se sentia conmovido á vista de sus buenos ejemplos, de su paciencia y dulzura, y de las grandes incomodidades que pasaba todos los dias para lograr la salvacion de un pueblo de quien era tan mal correspondido: que comparando su método de vida con el de sus ministros habia creído que la pureza de la doctrina podria estar muy bien de la parte de los que profesaban aquellas costumbres: que se dirigia á él para que le instruyese, y le pedia por la sangre de Jesucristo derramada por la salvacion de su alma, que tuviese piedad de él, y que no difiriese su instruccion.

La noche se acercaba y era tanto mas peligrosa la detencion para Francisco, quanto que tenia que atravesar

sar un bosque; parecia pues lo mas natural el dejar aquella instruccion para el dia siguiente. Este era el parecer de Luis de Sales, y aun el mismo criado que nunca le abandonaba y que habia corrido con él tan grandes peligros, le suplicaba que marchasen inmediatamente. Pero Francisco le respondió que nadie estaba seguro del dia de mañana, y que él tendria toda su vida el remordimiento de haber descuidado la salvacion de un alma por la aprension de males, que no sucederian tal vez, y de los que Dios tendria la bondad de librarlos.

Sucedió lo que Luis de Sales habia previsto: Francisco se detuvo tanto rato con el calvinista, que les cogió la noche á la entrada del bosque, habiéndose puesto tan obscura que les fué imposible encontrar el camino: entretanto los ahullidos de los lobos, los gritos de los osos y de las demas bestias feroces, que se oian en las montañas vecinas formaban un contraste tan terrible, que era imposible dejar de asustarse: el criado se memoria de miedo, y Luis de Sales no estaba mucho menos exento de él. Solo Francisco lleno de confianza en Dios los consolaba, y les prometia de su parte que les sacaria de aquel peligro, asi como habia librado á Daniel en el lago de los leones, en donde corria un peligro mucho mas grande que aquel á que ellos se veian espuestos por no haber querido rehusar á un alma el socorro que les habia pedido en su nombre. Habiendo salido entonces la luna, vió que no lejos de donde estaban, habia un edificio arruinado, que aun conservaba un pedazo de techo, que podia ponerles al abrigo de las inclemencias del tiempo. Entraron en él y pasaron allí el resto de la noche; pero á Francisco le fué imposible el lograr un momento de reposo: la luna que se habia aclarado mucho, le hizo reparar que aquellas ruinas eran las de una Iglesia que habian destrozado los hereges: aquella vista le representó vivamente en su espé-

ritu el deplorable estado en que se hallaba la Religion en el Chablais: los templos destruidos, los sacerdotes echados de ellos, abolido el antiguo culto, triunfante la heregia, desterrada la verdad, la ceguedad del pueblo, su dureza y su casi invencible obstinacion en resistir á la voz de Dios, que los llamaba al seno de la Iglesia católica, de donde los habian arrancado tan violentamente el error y la seduccion, todo esto llenaba su corazon de amargura. En esta situacion sentado sobre las ruinas de aquel templo, como en otro tiempo Jeremías en las de Jerusalem, penetrado como aquél Profeta de un santo dolor, exclamó como él á poca diferencia, diciendo: *¿qué se han hecho aquellos solitarios que poblaban en otro tiempo estos desiertos, y que hacian resonar en ellos noche y dia las alabanzas del Señor? ¿Adonde estan aquellas vírgenes que seguian por todas partes al cordero sin mancha? ¿aquellos sacerdotes ocupados en su servicio, aquellos templos dedicados á su gloria? ¿Cómo se ha obscurecido el oro? ¿cómo las piedras del Santuario estan desparramadas por la entrada de todas las plazas públicas? ¿A quién os compararé yo hija de Jerusalem? ¿á quién diré yo que habeis venido á pareceros ó vírgen hija de Sion? ¿Cómo os podré yo consolar? porque vuestro dolor es grande como el mar. ¿Quién podrá dar algun remedio á vuestros males! Vuestros Profetas no han tendido para vos sino visiones falsas y extravagantes: no os han descubierto vuestra iniquidad á fin de escitaros á la penitencia: ellos no han visto para vos en sus visiones sino falsas glorias y falsas derrotas de vuestros enemigos: Jerusalem, Jerusalem, convertios en fin al Señor vuestro Dios.*

El dia halló á Francisco ocupado en aquellos santos pensamientos: despertó á sus compañeros que se habian dormido, encontraron el camino, y llegaron por fin á los Allinges. Aquellos que llenos del espíritu inmundo